

Ernst Jünger: el Trabajador, entre los Dioses y los Titanes

ALAIN DE BENOIST

Al evocar *El Trabajador*, al mismo tiempo que la primera versión de *Corazón aventurero*, el ensayista Armin Mohler, autor de un manual que se ha convertido en un clásico sobre la revolución conservadora alemana (*Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932*, 1972), escribe: “Aún hoy, no puedo acercarme a estas obras sin sentir un cierta turbación”.

En otra parte, calificando a *El Trabajador* de “bloque errático” en el seno de la obra de Ernst Jünger, afirma: “*Der Arbeiter* es algo más que una filosofía: es una creación poética” (prefacio de Marcel Decombis, Ernst Jünger et la “*Konservative Revolution*”, GRECE, 1975). El término es apropiado, sobre todo si se admite que toda poesía fundadora es a la vez reconocimiento del mundo y revelación de los dioses. Libro “metálico” — estamos tentados de emplear la expresión “tempestad de acero”—, *El Trabajador* posee, en efecto, una trascendencia metafísica, que va más allá del contexto histórico y político en el que fue escrito. Su publicación no solamente ha marcado una fecha capital en la historia de las ideas, sino que constituye en la obra jüngeriana un tema de reflexión que no ha dejado de fluir, cual oculta vena, a lo largo de la vida de su autor.

Nacido el 29 de marzo de 1895 en Heidelberg, Jünger hizo sus primeros estudios en Hannover, en Schwarzenberg, en los Montes Metálicos, Braunschweig, de nuevo en Hannover, así como en la Schsrnhorst-Realschule de Wunstorf. En 1911, se adhiere a la sección de Wunstorf de los Wandervögel. Ese mismo año, publica su primer poema (*Unser Leben*) en el periódico local de aquella organización juvenil. En 1913, a la edad de 18 años, se fuga del hogar paterno. Objeto de su escapada: alistarse en Verdún a la Legión Extranjera. Algunos meses más tarde, después de una corta estancia en Argel y una fase de instrucción en Sidi-bel-Abbés, su padre le convence para volver a Alemania. Retoma sus estudios en el Gildemeister Institut de Hannover, donde se familiarizará con la obra de Nietzsche.

La primera guerra mundial estalla el primero de agosto de 1914. Jünger se convierte en combatiente voluntario. Ingresa en el 73° Regimiento de fusileros y recibe la orden de marcha el 6 de octubre. El 27 de diciembre parte para el frente de Champagne. Combate en Dorfès-les-Epargnes, en Douchy, en Monchy. Jefe de sección en agosto de 1915, alférez en noviembre, sigue a partir de 1916 un curso para oficiales en Croisilles. Dos meses más tarde participa en los combates de Somme, donde es herido dos veces. De nuevo en el frente, en noviembre, con el grado ya de teniente, es otra vez herido, esta

vez cerca de Saint-Pierre-Vaast. El 16 de diciembre es condecorado con la Cruz de Hierro de 1ª clase. En febrero de 1917 es ascendido a Strosstruppführer, jefe de comando de asalto. Es el momento en el que la guerra se ha atascado, al tiempo que las pérdidas humanas adquieren una terrible dimensión. Del lado francés, se aprestan a la sangrienta e inútil ofensiva del Chemin des Dames. A la cabeza de sus hombres, Jünger se desliza por las trincheras y multiplica los golpes de mano. Escaramuzas incesantes, nuevas heridas: en julio, en el frente de Flandes, y también en diciembre. Jünger es condecorado con la Cruz de Caballero de la Orden de los Hohenzollern. Durante la ofensiva de marzo de 1918 continúa capitaneando a sus soldados en múltiples escaramuzas. Es herido una vez más. En agosto, nuevas heridas, esta vez cerca de Cambrai. Finaliza la guerra en un hospital militar, ¡después de haber sido herido catorce veces! Ello le vale la Cruz “Por el Mérito”, la más importante condecoración del ejército alemán. Sólo doce oficiales subalternos de tierra, entre ellos el futuro mariscal Rommel, recibirán dicha distinción a lo largo de la primera guerra mundial.

De 1918 a 1923, Jünger, acuartelado en la Reichswehr de Hannover, comienza a escribir sus primeros libros impregnados de la experiencia que le ha aportado su presencia en el frente. *Tempestades de acero* (In *Stahlgewittern*), publicado en 1919 por cuenta del autor y reeditado en 1922, conocerá un gran éxito. Le seguirán *La guerra como experiencia interior* (Der Kampf als innere Erlebnis, 1922), *El bosquecillo 125* (Das Wäldchen 125, 1924), *Feuer und Blut* (1925). No tardará Jünger en ser considerado como uno de los escritores más brillantes de su generación, como nos lo ha recordado Henri Plard (“La carrière d’Ernst Jünger, 1920-1929”, en *Etudes germaniques*, 4/6.1978), incluso si apelamos a sus artículos sobre la guerra moderna publicados en la *Militär-Wochenblatt*.

Pero Jünger no se siente cómodo en un ejército en la paz. Tampoco le tienta la aventura de los Cuerpos Francos. El 31 de agosto de 1923, abandona la Reichswehr y se matricula en la Universidad de Leipzig para estudiar biología, zoología y filosofía. Tendrá como profesores a Hans Driesch y a Felix Krüger. El 3 de agosto de 1925 se casa con Gretha von Jeinsen, de diecinueve años, que le dará dos hijos: Ernst, nacido en 1926, y Alexander, en 1934. Durante ese período, sus ideas políticas maduran en la misma dirección de la efervescencia que agita cualesquiera facciones de la opinión pública germana: el vergonzoso tratado de Versalles, del que la República de Weimar ha aceptado sin vacilar todas las cláusulas y al que sólo se aceptará como un insoportable Diktat. En el transcurso de unos meses se ha convertido en uno de los principales representantes de los medios nacional-revolucionarios, importante grupo de la Revolución Conservadora situado a la “izquierda”, junto a los movimientos nacional-bolcheviques agrupados alrededor de Niekisch. Sus escritos políticos se inscriben en el período medio republicano (la “era Stresemann”) que finaliza en 1929, tiempo de tregua provisional y de

aparente calma. Jünger dirá más tarde: “Sólo se vivía para la idea” (Diario, t. II, 20.4.1943).

Sus ideas se expresaron primeramente en revistas. En septiembre de 1925, el antiguo jefe de los Cuerpos Francos, Helmut Franke, que acababa de publicar un ensayo bajo el título *Staat im Staate* (Stahlhelm, Berlín, 1924), lanza la revista *Die Standarte*, que trata de aportar una “contribución a la profundización espiritual del pensamiento del frente”. Jünger pertenecerá a su redacción, en compañía de otro representante del “nacionalismo de los soldados”, el escritor Franz Schauwecker, nacido en 1890. *Die Standarte* fue, en principio, suplemento del semanario *Der Stahlhelm*, órgano de la asociación de antiguos combatientes del mismo nombre dirigido por Wilhelm Kleinau. *Die Standarte* tenía una tirada nada despreciable: alrededor de 170.000 lectores. Entre septiembre de 1925 y marzo de 1926, Jünger publica diecinueve artículos. Helmut Franke firma los suyos con el pseudónimo “Gracchus”. La joven derecha nacional-revolucionaria se expresa allí: Werner Beumelburg, Franz Schauwecker, Hans Henning von Grote, Friedrich Wilhelm Heinz, Goetz Otto Stoffegen, etc.

En las páginas de *Die Standarte*, Jünger adoptará pronto un tono muy radical, distinto al de la mayoría de los adheridos al *Stahlhelm*. A partir de octubre de 1925, critica la tesis de la “puñalada por la espalda” (*Dolchstoß*) que habría supuesto para el ejército germano la revolución de noviembre (tesis casi unánime en los medios nacionales). Llegó incluso a subrayar cómo algunos revolucionarios de extrema izquierda fueron valerosos combatientes durante la guerra (“*Die Revolution*”, en *Die Standarte*, n. 7, 18.10.1925). Afirmaciones de este tipo suscitaron vivas polémicas. La dirección del *Stahlhelm* se pone en guardia y decide distanciarse del joven equipo periodístico. En marzo de 1926 la publicación desaparece, para renacer al mes siguiente con el nombre abreviado de *Standarte*, con Jünger, Schauwecker, Kleinau y Franke como coeditores. En este momento, los lazos con el *Stahlhelm* no han sido aún rotos; los antiguos combatientes continúan financiando indirectamente a *Standarte*, publicado por la casa editora de Seldte, la *Fruntsberg Verlag*. Jünger y sus amigos reafirman lo mejor de su voluntad revolucionaria. El 3 de junio de 1926 Jünger publica un llamamiento a la unidad de los antiguos combatientes del frente con el objeto de fundar una “república nacionalista de los trabajadores”, convocatoria que no tendrá eco. En agosto, a petición de Otto Hörsing —cofundador de la *Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold*, la milicia de seguridad de los partidos socialdemócrata y republicano—, el gobierno, tomando como pretexto un artículo sobre Rathenau aparecido en *Standarte*, cierra la revista durante cinco meses. Momento que Seldte aprovecha para relevar a Helmut Franke de sus responsabilidades. En solidaridad con Franke, Jünger se aparta del periódico y en noviembre, junto al propio Franke y a Wilhelm Weiss, inicia la edición de

una nueva publicación titulada *Arminius*. (Standarte aparecerá hasta 1929, bajo la dirección de Schauwecker y Kleinau).

En 1927 Jünger marcha de Leipzig para instalarse en Berlín, donde establecerá estrechos contactos con antiguos miembros de los Cuerpos Francos y con medios de la juventud *bündisch*. Estos últimos, oscilando entre la disciplina militar y un espíritu de grupo muy cerrado, tratan de conciliar el romanticismo aventurero de los *Wandervögel* con una organización de tipo más comunitario y jerarquizado. Jünger traba una especial amistad con Werner Lass, nacido en Berlín en 1902, y fundador en 1924, junto al antiguo jefe de los Cuerpos Francos Rossbach, de la *Schilljugend* (movimiento juvenil con cuyo nombre se perpetúa el recuerdo del mayor Schill, caído en la lucha de liberación frente a la ocupación napoleónica). En 1927 Lass se separa de Rossbach para fundar la *Freischar Schill*, grupo *bündisch* del que Jünger será mentor (*Schirmherr*). De octubre de 1927 a marzo de 1928 Lass y Jünger se asocian para publicar la revista *Der Vormarsch*, fundada en junio de 1927 por otro famoso jefe de los Cuerpos Francos, el capitán Ehrhardt.

Durante este período, Jünger ha experimentado no pocas influencias literarias y filosóficas. La guerra, el frente, le ha permitido la misma triple experiencia de ciertos escritores franceses de finales del siglo XIX, como Huysmans y Léon Bloy, que desemboca en un cierto expresionismo que se deja percibir en *La guerra* como experiencia interior y, sobre todo, en la primera versión de *Corazón aventurero*, y en una especie de “dandysmo” baudeleriano en *Sturm*, obra novelesca de juventud, tardíamente publicada, que lleva claramente esta marca. Armin Mohler, en esta línea, ha parangonado al joven Jünger con el Barrès del *Roman de l'énergie nationale*: para el autor de *La guerra* como experiencia interior, como para el de *Scènes et doctrines du nationalisme*, el nacionalismo, sustituto religioso, modo de expansión y de reforzamiento del alma, resulta ante todo una opción deliberada, siendo el aspecto decisorio de esta orientación el que deriva del estallido de las normas, consecuencia de la primera guerra mundial.

La influencia de Nietzsche y de Spengler es evidente. En 1929, en una entrevista concedida a un periódico británico, Jünger se definirá como “discípulo de Nietzsche”, subrayando el hecho de que éste fue el primero en recusar la ficción del hombre universal y abstracto, “rompiendo” dicha ficción en dos tipos concretos y diametralmente opuestos: el fuerte y el débil. En agosto de 1922 lee con fruición el primer tomo de *La decadencia de Occidente* y es en el momento de la publicación del segundo, en diciembre del mismo año, cuando escribe *Sturm*. Empero, como se verá, Jünger no se resignará ser un pasivo discípulo. Está lejos de seguir a Nietzsche y a Spengler en la totalidad de sus afirmaciones. El declive de Occidente no será, desde su punto de vista, una fatalidad ineluctable; hay otras alternativas a una simple aceptación del reino de los “Césares”. Asimismo, retoma por su cuenta el cuestionamiento nietzscheano, que desea perfilar de una vez por todas.

La guerra, a fin de cuentas, ha sido la experiencia más impactante. Jünger aporta, en primer lugar, la lección de lo agónico. Ardor, nunca odio: el soldado que está al otro lado de la trinchera no es una encarnación del mal, sino una simple figura de la adversidad del momento. Jünger, por tanto, carece de enemigo (Feind) absoluto: ante sí sólo existe el adversario (Gegner), conformándose así el combate como “cosa siempre de santos”. Otra lección es que la vida se nutre de la muerte y ésta de aquélla: “El saber máspreciado que se ha aprendido en la escuela de la guerra, escribirá Jünger, en su intimidad más secreta, es indestructible” (Das Reich, 10.1930).

Para algunos la guerra ha sido entregada. Pero en virtud del principio de equivalencia de los contrarios, el desastre concitará un análisis positivo. La derrota o la victoria no es lo que más importa. Esencialmente activista, la ideología nacional-revolucionaria profesa un cierto desprecio por los objetivos: se combate, no para conseguir la victoria, sino para guerrear. “La guerra, afirma Jünger, no es tanto una guerra entre naciones, como una guerra entre razas de hombres. En todos los países que han intervenido en la guerra, hay a la vez vencedores y vencidos” (La guerra como experiencia interior). Más aún, la derrota puede llegar a convertirse en el fermento de victoria. Y llega a pulsar la condición misma de esta victoria. En el epígrafe de su libro *Aufbruch der Nation* (Frundsberg, Berlín, 1930), Franz Schauwecker escribió esta estremecedora frase: “Era preciso que perdiéramos la guerra para ganar la nación”. Recordaba, tal vez, esta otra de Léon Bloy: “Todo lo que llega es adorable”. Jünger, por su parte, sostiene: “Alemania ha sido vencida, pero esta derrota ha sido saludable porque ha contribuido a la desaparición de la vieja Alemania (...) Era preciso perder la guerra para ganar la nación”. Vencida por los aliados, Alemania pudo volverse hacia sí misma y transformarse revolucionariamente. La derrota debía ser aceptada con fines de transmutación, de manera casi alquímica; la experiencia del frente debía ser “transmutada” en una nueva experiencia vital para la nación. Tal era el fundamento del “nacionalismo de los soldados”. Es en la guerra, dice Jünger, donde la juventud ha adquirido “la seguridad de que los antiguos caminos no llevan a ninguna parte, y que es preciso abrir otros nuevos”. Cesura irreversible (Umbruch), la guerra ha abolido los vetustos valores. Toda actitud reaccionaria, cualquier deseo de marcha atrás es imposible. La energía de ayer era utilizada en luchas puntuales de la patria y por la patria, pero en lo sucesivo servirá a la patria bajo otra forma. La guerra, dicho de otro modo, suministrará el modelo de paz.

En *El Trabajador*, puede leerse: “El frente de la guerra y el frente del trabajo son idénticos” (p. 109). La idea central es que la guerra, por superficial y poco significativa que pueda parecer, tiene un sentido profundo. No puede ser aprehendida a través de una comprensión racional, sino que únicamente puede ser presentida (ahnen). La interpretación positiva que Jünger da de la guerra no está, contrariamente a lo que a menudo se ha dicho, esencialmente

ligada a la exaltación de los “valores guerreros”. Procede de la inquietud política de buscar cómo el sacrificio de los soldados muertos no debe ni puede ser considerado inútil.

A partir de 1926 Jünger hace varios llamamientos para la formación de un frente unido de grupos y movimientos nacionales. Al mismo tiempo, trata — sin mucho éxito— de señalarles el camino de una necesaria autotransformación. También el nacionalismo precisa ser “trasmutado” alquímicamente. Debe desembarazarse de toda vinculación sentimental con la vieja derecha y convertirse en revolucionario, dando fe del declive del mundo burgués, hecho que podemos observar tanto en las novelas de Thomas Mann (*Die Buddenbrooks*) como en las de Alfred Kubin (*Die andere Seite*).

Desde esta perspectiva, lo esencial es la lucha contra el liberalismo. En *Arminius* y en *Der Vormarsch* Jünger ataca el orden liberal simbolizado por el *Literat*, el intelectual humanista partidario de una sociedad “anémica”, el internacionalista cínico al que Spengler apunta como verdadero responsable de la revolución de noviembre y propagador de la especie consistente en que los millones de muertos de la Gran Guerra han perecido para nada. Paralelamente estigmatiza la “tradición burguesa” que reclaman para sí los nacionales y los adheridos al *Stahlhelm*, esos “pequeños burgueses (*Spiessbürger*) que, favorables a la guerra, se han escabullido tras la piel del león” (*Der Vormarsch*, 12.1927). Ataca sin tregua el espíritu guillermino, el culto al pasado, el gusto de los pangermanistas por la “museología” (*musealer Betrieb*). En marzo de 1926 define por vez primera el término “neonacionalismo”, que opone al “nacionalismo de los antepasados” (*Altväternationalismus*). Defiende a Alemania, pero la nación es para él mucho más que un territorio. Es una idea: Alemania es fundamentalmente aquel concepto capaz de inflamar los espíritus. En abril de 1927, en *Arminius*, Jünger se autodefine implícitamente nominalista: declara no creer en verdad general alguna, en ninguna moral universal, en ninguna noción de “hombre” como ser colectivo poseedor de una conciencia y derechos comunes. “Creemos, dirá, en el valor de lo singular” (*Wir glauben an den Wert des Besonderen*). En una época en que la derecha tradicional apuesta por el individualismo frente al colectivismo, o los grupos *völkisch* se recluyen en la temática del retorno a la tierra y a la mística de la “naturaleza”, Jünger exalta la técnica y condena al individuo. Nacida de la racionalidad burguesa, explica en *Arminius*, la todopoderosa técnica se revuelve contra quien la ha engendrado. El mundo avanza hacia la técnica y el individuo desaparece; el neonacionalismo debe ser la primera tendencia en extraer estas lecciones. Es más, será en las grandes ciudades donde la “nación será ganada”; para los nacional-revolucionarios, “la ciudad es un frente”.

Alrededor de Jünger se constituye el llamado “grupo de Berlín”, en cuyo seno encontraremos a representantes de las diferentes corrientes de la Revolución Conservadora: Franz Schauwecker y Helmut Franke; el escritor

Ernst von Salomon; el nietzscheano-anticristiano Friedrich Hielscher, editor de *Das Reich*; los neoconservadores August Winnig (al que Jünger conocerá en el otoño de 1927 por mediación del filósofo Alfred Baeumler) y Albrecht Erich Günther, coeditor —junto a Wilhelm Stapel— del *Deutsches Volkstum*; los nacional-bolcheviques Ernst Niekisch y Karl O. Paetel y, por supuesto, a su hermano y reconocido teórico Friedrich Georg Jünger.

Friedrich Georg, cuyas posiciones tendrán una gran influencia en la evolución de Ernst, nació en Hannover el 1 de septiembre de 1898. Su carrera ha corrido pareja a la de su hermano. Voluntario en la Gran Guerra, participa en 1916 en los combates del Somme, alcanzando el empleo de comandante de compañía. En 1917, gravemente herido en el frente de Flandes, pasa varios meses en distintos hospitales militares.

De regreso a Hannover, nada más concluir la guerra, y tras un breve paréntesis como teniente de la Reichswehr —1920—, inicia sus estudios de derecho, redactando su tesis doctoral en 1924. A partir de 1926 envía sus artículos regularmente a las revistas en las que colabora su hermano: *Die Standarte*, *Arminius*, *Der Vormarsch*, etc., y publica, en la colección “*Der Aufmarsch*” dirigida por Ernst, un breve ensayo titulado *Aufmarsch des Nationalismus* (*Der Aufmarsch*, Berlín, 1926, prefacio de Ernst Jünger; 2ª ed.: *Vormarsch*, Berlín, 1928). Influido por Nietzsche, Sorel, Klages, Stefan George y Rilke, a quienes frecuentemente cita en sus trabajos, se consagrará al ensayo y a la poesía. El primer estudio que sobre él se publica (Franz Josef Schöningh, “Friedrich Georg Jünger und der preussische Stil”, en *Hochland*, 2.1935, pp. 476 y 477) lo encuadró en el “estilo prusiano”.

En abril de 1928 Ernst Jünger confía la sucesión a la dirección de la revista *Der Vormarsch* a su amigo Friedrich Hielscher. Algunos meses más tarde, en enero de 1930, se convierte junto a Werner Lass en el director de *Die Kommenden*, semanario fundado cinco años antes por el escritor Wilhelm Kotzde —que ejerció una gran influencia sobre los movimientos juveniles de ideología bündisch y de manera muy especial sobre la tendencia de este movimiento que evolucionará hacia el nacional-bolchevismo, representado por Hans Ebeling y, sobre todo, por Karl O. Paetel—, colaborando al mismo tiempo en *Die Kommenden*, en *Die sozialistische Nation* y en los *Antifaschistische Briefe*.

Trabaja también para la revista *Widerstand*, fundada y dirigida por Niekisch a mediados de 1926. Ambos se conocerán en el otoño de 1927 estableciéndose una sólida amistad. Jünger escribirá: “Si se quiere resumir el programa que Niekisch desarrolla en *Widerstand* en una frase alternativa, esta podría ser: contra el burgués y por el Trabajador, contra el mundo occidental y por el Este”. El nacional-bolchevismo, en el que por otra parte confluyen múltiples y variadas tendencias, se caracteriza de hecho por su idea de la lucha de clases a partir de una definición comunitaria, colectivista si se quiere, de la

idea de nación. “La colectivización, afirma Niekisch, es la forma social que la voluntad orgánica debe poseer si quiere afirmarse frente a los efectos mortíferos de la técnica” (“Menschenfressende Technik”, en *Widerstand*, n. 4, 1931).

Según Niekisch, el movimiento nacional y el movimiento comunista tienen, a fin de cuentas, el mismo adversario, como los combates contra la ocupación del Ruhr han demostrado y es la razón por la que las dos “naciones proletarias”, Alemania y Rusia, deben buscar un entendimiento. “El parlamentarismo democrático liberal huye de toda decisión, declara Niekisch. No quiere batirse, sino discutir (...) El comunismo busca decisiones (...) En su rudeza, hay algo de fortaleza campesina; hay en él más dureza prusiana, aunque no sea consciente de ello, que en un burgués prusiano” (*Entscheidung*, *Widerstand*, Berlín, 1930, p. 134). Tales posiciones impregnan a una facción nada despreciable del movimiento nacional-revolucionario. Jünger mismo, como muy bien ha captado Louis Dupeux (op. cit.), llegó a estar “fascinado por la problemática del bolchevismo”, aunque no podamos considerarlo un nacional-bolchevique en sentido estricto.

Werner Lass y Jünger se apartan en julio de 1931 de *Die Kommenden*. El primero lanza, a partir de septiembre, la revista *Der Umsturz*, que hizo las veces de órgano de la *Freischar Schill* y que, hasta su desaparición, en febrero de 1933, se declarará abiertamente nacional-bolchevique. Jünger, sin embargo, está en otra disposición espiritual. En el transcurso de algunos años, utilizará toda una serie de revistas como muros donde encolar sus carteles —serán los autobuses “a los que uno se sube y abandona a su antojo”—, siguiendo una línea evolutiva eminentemente política. Las consignas formuladas por él no han obtenido el eco esperado, sus llamamientos a la unidad no han sido atendidos. Jünger acabará por sentirse un extraño en cualesquiera corrientes políticas. No hay más simpatía hacia el nacionalsocialismo en ascensión que para las ligas nacionales tradicionales.

Todos los movimientos nacionales, explica en un artículo publicado en el *Süddeutsche Monatshefte* (9.1930, pp. de la 843 a la 845), ya sean tradicionalistas, legitimistas, economicistas, reaccionarios o nacionalsocialistas, extraen su inspiración del pasado y, desde esta perspectiva, son tan sólo movimientos a los que no cabe más que calificar de “liberales” y “burgueses”. Entre neoconservadores y nacional-bolcheviques, entre unos y otros, los grupos nacional-revolucionarios no podrán imponerse. De hecho, Jünger ya no cree en la posibilidad de acción colectiva alguna. Así lo subrayará más tarde Niekisch en su autobiografía (*Erinnerungen eines deutschen Revolutionärs*, *Wissenschaft u. Politik*, Colonia, 1974, vol. I, p. 191), y Jünger, que ha pulsado suficientemente la actualidad, acaba por trazarse una vía más personal e interior. “Jünger, ese perfecto oficial prusiano que es capaz de someterse a la disciplina más dura, escribe Marcel Decombis, no podrá ya integrarse en colectivo alguno” (Ernst Jünger, *Aubier-Montaigne*, 1943). Su

hermano que, a partir de 1928, ha abandonado la carrera jurídica, evolucionará de igual forma que Ernst. Escribe sobre la poesía griega, la novela americana, Kant, Dostoievski. Los dos hermanos emprenden una serie de viajes: Sicilia (1929), las Baleares (1931), Dalmacia (1932), el Mar Egeo.

Ernst y Friedrich Georg Jünger continúan publicando algunos artículos, principalmente en *Widerstand*. Pero el período periodístico de ambos acaba. Entre 1929 y 1932 Ernst Jünger concentra todos sus esfuerzos en nuevos libros. Es el momento de la primera versión de *Corazón aventurero* (*Das abenteuerliche Herz*, 1929), el ensayo *La movilización total* (*Die totale Mobilmachung*, 1931) y *El Trabajador* (*Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*), publicado en Hamburgo el año 1932, por la *Hanseatische Verlagsanstalt* de Benno Ziegler y que antes de 1945 llegará a conocer varias reediciones.

Jünger y El Trabajador

En su libro sobre el nacional-bolchevismo, Louis Dupeux rememora el “malestar” que provocará en Alemania la publicación de *El Trabajador*. “Ni los nacional-socialistas ni sus adversarios pudieron explotarlo”, afirmará el propio Jünger (carta a Henri Plard). La obra, es preciso reconocerlo, no se parecía a nada de lo hasta entonces publicado.

En el momento de la irresistible ascensión del nacional-socialismo, *El Trabajador* pasaba por alto cuestiones como el racismo y el antisemitismo. En una época en la que los movimientos nacionales hacían una auténtica apología del mundo rural y de las diferencias individuales, *El Trabajador* reclamaba la supresión del individuo y exaltaba sin tapujos a la todopoderosa técnica. En un contexto de exacerbadas luchas políticas, Jünger tomaba distancias con respecto a cualesquiera tendencias políticas existentes y se situaba deliberadamente en la perspectiva de la desaparición del ámbito nacional, hipótesis absolutamente “inimaginable” para los protagonistas del momento. Si le colocaba –aparentemente- en el ámbito del marxismo, era para superarlo. Excepto la influencia de Nietzsche, *El Trabajador* no traía la marca de idea exterior alguna fácilmente reconocible. Aquellos que se acordaban del talento del cronista de *Die Standarte* y de Arminius fueron los que, sin embargo, más pronto se decepcionaron. La crítica no se interesó mucho por el libro y es, sin duda, la razón por la que su aparición, a fin de cuentas, no alcanzó un gran revuelo. “Al fin y al cabo, *El Trabajador*, observa Jünger, no puede circunscribirse al plano nacional o social, sino que tiene un carácter planetario. La técnica es el uniforme del *Trabajador*. Ello fue remarcado sin afabilidad, tanto a la derecha como a la izquierda”.

A excepción del poeta expresionista Gottfried Benn, que ve en dicho texto un ensayo fundamental para la comprensión del mundo contemporáneo, *El Trabajador* fue muy mal acogido por la facción “derechista” de los revolucionarios conservadores. Hermann Sinsheimer, en el *Berliner Tageblatt*,

califica al Trabajador de “fantasma”. Hans Bogner, próximo a Wilhem Stapel, acusa a Jünger de “bolchevique”. Opinión similar será de la de Max Hildebert Boehm, uno de los principales miembros del círculo de Moeller van den Bruck, que ataca violentamente a Jünger en un panfleto fechado en 1933, *Der Bürger im Kreuzfeuer*, declarando abiertamente que El Trabajador constituye una “suerte de programa bolchevique”. El libro de Jünger será objeto de un buen número de comentarios hostiles, tanto por parte de algunos representantes de la tendencia völkisch, al ver como cualesquiera formas de neorromanticismo y de arraigo rural eran consideradas como afirmación de “valores burgueses”, como de autores consagrados como Hermann Rauschning y Oswald Spengler.

Con mayor atención y, sobre todo, menor frivolidad, el análisis de El Trabajador realizado en Italia por Julius Evola retoma en cierta medida el punto de vista del neconservadurismo alemán. Evola, que había pensado primeramente publicar una traducción del texto de Jünger, le dedica por fin un ensayo titulado *L’Operario nel pensiero di Ernst Jünger*. Igualmente hace alusión a él en *Los hombres y las ruinas* y en *El camino del cinabrio*. La noción del Trabajo (tomada en un sentido más restringido que Jünger) es esencialmente la que atacará Evola. Esta noción, afirma el autor de *Revolución* contra el mundo moderno, no se libra del “demonio de la economía”, ya sea como consecuencia que Jünger ve en el Trabajo un fin en sí, una vía de redención o de justificación, ya sea tomada por un “humanismo del trabajo”, ya sea también por el conformismo manifiesto al asociar el Trabajo “al mito del activismo productivo paroxístico”. La “superstición moderna del trabajo”, que exhibe tanto la derecha como la izquierda, ha de ser denunciada. “Uno de los aspectos más opacos y más plebeyos de la era económica, escribe Evola, es una especie de autosadismo que consiste en glorificar el trabajo en tanto que valor ético y deber humano esencial, y a concebir como trabajo no importa qué forma de actividad”. Resulta paradójico, por otra parte, buscar un valor ético en el trabajo, en una época donde, precisamente, la técnica tiende a suprimir toda cualidad. Para Evola, “la palabra Trabajo ha designado siempre las formas más bajas de la actividad humana, aquellas más manifiestamente condicionadas por la economía”. Todo aquello que no se reduce a tales formas, es ilegítimo llamarlo “trabajo”. La palabra apropiada aquí es “acción”: acción y no trabajo; acción de jefe, de empresario, de asceta, de sabio, de artista, de diplomático, de teólogo, de aquel que establece una ley o que la transgrede, de aquel que sigue un principio o abraza una pasión elemental, de gran jefe de empresa y de gran organizador”. En esta perspectiva, la elección misma de la palabra Arbeiter se convierte en un “indicio sospechoso”, pues “este concepto pertenece esencialmente al mundo del cuarto estado, de la última casta”. Jünger sería, por tanto, prisionero de la “mentalidad proletaria”: “el espíritu proletario, la cualidad espiritualmente proletaria subsiste cuando se es incapaz de concebir un tipo humano más elevado que el del Trabajador; cuando se divaga a propósito de la “ética del trabajo”, cuando se exalta el

“estado de los trabajadores”, cuando no se tiene el coraje de tomar radicalmente posición contra esos nuevos mitos contaminantes (...). La tarea consiste, antes de nada, en “desproletarizar la visión de la vida”, ya que si no es así todo estará falseado, paralizado”.

Asimismo, para Evola, que se reclama desde posiciones de la tradición espiritual, la opción metafísica de *El Trabajador* está insuficientemente perfilada. El dominio de la técnica, si pretende salir del nivel de lo elemental, debe revelarse por encima de los valores actuales, en el dominio de la pura trascendencia. La Figura del Trabajador sería, por tanto, equívoca: “Con él nos encontramos en el círculo cerrado de un activismo y de una estructura interna fuera de toda dimensión de trascendencia, carentes de todo elemento transfigurador e incapaz de engendrar y legitimar nuevas y auténticas jerarquías”.

La acusación de “bolchevique” lanzada por algunos neoconservadores parecería, a primera vista, justificar el saludo de los nacional-bolcheviques, los únicos en dar la bienvenida a *El Trabajador*. Niekisch, en particular, que conocía el manuscrito antes de su publicación, hizo aparecer en *Widerstand*, en el otoño de 1932, una crítica muy elogiosa donde afirmaba que “las tesis jüngerianas presentan una turbadora similitud con los fundamentos de la doctrina marxista”. Esta similitud, añade, no es aparente. Jünger, de hecho, supera la “respuesta sentimental” dada por el marxismo y “muestra de forma magistral como, desde una perspectiva superior, se puede eliminar, liquidar el espíritu burgués”. Y Niekisch concluye: Jünger “no es un bolchevique, pero considera perse a todo cómo la Rusia bolchevique se alinea con la tendencia dominante del mundo”. Esta opinión, que no ayudó precisamente a mejorar la imagen de Jünger en los medios “burgueses”, es muy discutible y debe ser sopesada en el ámbito de la problemática más general del movimiento nacional-bolchevique alemán. En el seno de este movimiento no hubo unanimidad: la perspectiva “planetaria” de Jünger fue contestada por algunos nacional-bolcheviques como consecuencia de sus desdibujadas posiciones sobre cuestiones tales como la alianza con Rusia, la noción de propiedad, etc.

Los cabecillas del marxismo ortodoxo no se sintieron aludidos. Excepción hecha del jefe comunista Karl Radek, que llegó a escribir: “Atraer a Ernst Jünger al KPD tendría más importancia que recoger votos de nuevos electores”, aunque su hostilidad a las tesis contenidas en *El Trabajador* no se ha desmentido después de medio siglo. Jünger, para aquéllos, se contenta simplemente con bautizar como “trabajadores” a los “activistas de la clase dominante”.

Para György Lukács, que sitúa a Jünger entre los responsables de la “destrucción de la razón”, la Figura del Trabajador no sería más que una mistificación del “imperialismo prusiano”, en la medida en que está vacía de toda referencia a la lucha de clases. Esta tesis de Lukács, de la que Jean-Michel

Palmier ha podido afirmar que “corta todo acceso auténtico a la obra de Jünger”, ha sido retomada por Jean-Pierre Faye, cuya animadversión hacia Jünger se explicaría por el hecho de que su pensamiento estaría concebido “expresamente en términos dirigidos a anular el lenguaje marxista”. Tesis que encontró eco en la URSS, con el libro de S. Odovev, “Por los senderos de Zaratustra. Influencia del pensamiento de Nietzsche en la filosofía burguesa alemana”. Para Odovev, cuya obra de la primera a la última página está uncida por el inimitable “lenguaje duro” propio del marxismo-leninismo ortodoxo, la obra de Jünger, inspirada por Nietzsche, se caracterizaría por una “mitologización de la realidad” y un “romanticismo aventurero y macabro”. El mito del Trabajador trataría subrepticamente de “superar mediante síntesis la irreconciliable oposición entre burguesía y proletariado”, al tiempo que supondría un instrumento para el fascismo a la hora de “ganar a las masas para la demagogia” y “realizar sus planes sanguinarios”.

Jünger y la “emigración interior” de la Revolución Conservadora alemana

Tachada de “bolchevique” y rechazada por los marxistas, ya que la consideraron una obra “fascista”, El Trabajador aún sufrió una hostilidad más viva por parte de los nacional-socialistas. Éstos reaccionaron virulentamente ante su aparición. El 20 de octubre de 1932, el *Völkischer Beobachter* publica, con la firma de Thilo von Trotha, un comentario en el cual El Trabajador es descrito como “una monstruosidad abstracta, un hombre-luna”. A Jünger se le reprocha su rechazo de toda “problemática Bu-Bo” (Blut und Boden, “sangre y suelo”).

Ciertamente, el nacional-socialismo es un movimiento “en el que Jünger será un extraño y frente al cual mostrará abiertamente su hostilidad” (Jean-Michel Palmier). Desde 1925, Jünger critica al NSDAP que, dos años después del abortado putsch de Munich, inicia su ascensión. En enero de 1927, dirigiéndose a una asamblea del Tannenbergbund, subrayará la diferencia existente entre el nacional-socialismo y el neonacionalismo. Ese mismo año, Hitler, que admira el talento de Jünger como escritos excombatiente, le propone presentarse a las elecciones legislativas, bajo las siglas de su partido, al Reichstag. “Considero, le responde Jünger, más meritorio escribir un buen verso que representar a sesenta mil cretinos”. Dos años más tarde, Jünger, que apoya con todas sus fuerzas las revueltas campesinas de Schelswig-Holstein, no puede contener su indignación al ver cómo el NSDAP propone recompensas por la captura de los “dinamiteros” del movimiento. Esta actitud, propia de un partido henchido de legalismo, es compartida por los comunistas. En un resonante artículo, Jünger ve en ello la prueba del carácter profundamente “burgués” de ambas formaciones pretendidamente revolucionarias, pero de hecho incapaces de comprender la gravedad de los

problemas a los que el movimiento campesino se enfrenta. En la misma época, Jünger critica sin ambages el racismo y el antisemitismo nazis, lo que le vale el violento ataque del periódico de Goebbles, *Der Angriff*.

En *El Trabajador*, Jünger asocia cabalmente el nacional-socialismo a lo que él denomina el “pensamiento museológico”. Como otros muchos representantes de la Revolución Conservadora, conderará el “estilo plebeyo” del movimiento hitleriano, su adulación a las masas, su recurso al “oportunismo electoral” y al “parlamentarismo democrático”, su misticismo *völkisch*, su “biologismo” sumario, su carencia de una verdadera ideología, pese a su antiestatismo y a su pangermanismo. Esta crítica es, al mismo tiempo, conservadora y revolucionaria. Para Jünger, una política histórica a escala mundial es, por naturaleza, incompatible con posturas racistas. “Ambicionar la hegemonía mundial y sostener una política basada en la raza, como pretendía Hilter, escribirá Jünger, es un puro absurdo. Se puede tener sobre los problemas raciales soluciones diferentes. En cualquier caso, no se puede mezclar el racismo y su contrario. La manera en que Hilter se obsesionó, no fue únicamente la causa esencial del derrumbre de sus planes: desde el principio, se detecta claramente una falta de sustancia imperial”. Jünger no participará, pues, de la mística del “gran hombre”. Considera que la época tiene necesidad, no de un Führer carismático, sino más bien de un tipo de hombre colectivo nuevo. En 1954, Evola experimentará un sentimiento semejante al escribir: “Todo aquello que se parece a la tiranía, al despotismo, al bonapartismo, a la dictadura de los tribunos del pueblo, no es sino una degeneración o una inversión de un sistema fundado sobre el principio de autoridad”.

No pocas veces se ha comparado la actitud de Jünger frente a la revolución nacionalsocialista de 1933 a la de Joseph de Maistre frente a la revolución francesa de 1789 o la de Alexandre Solzhenitsin frente a la revolución rusa de 1917. Este paralelismo asocia efectivamente a estos tres autores que, si bien “conservadores”, su “conservadurismo” es de naturaleza bien diferente. Mientras Joseph de Maistre y Solzhenitsin pueden ser considerados como “contrarrevolucionarios”, el Jünger de los años treinta es, antes de nada, revolucionario, si bien partidario de “otra revolución” y si considera al nacionalsocialismo como la solución metafísica por excelencia, cosa que reprocha a Hitler, no lo es tanto por ser un “pequeño burgués” sin alma, sino por haber conducido la revolución alemana a la vía muerta del totalitarismo. Cuando Hitler llega al poder en enero de 1933, la posición de Jünger no tiene atisbos de ambigüedad. Se marcha de Berlín para instalarse en Goslar, entra en una suerte de “emigración interior” [...]

Tantos unos como otros, neoconservadores y nacional-bolcheviques, se sintieron profundamente confundidos al buscar en *El Trabajador* las claves de la situación del momento. H.P. Schwarz ha visto en la figura del *Trabajador* un gran “mito político”, en el sentido soreliano del término. Pero esta

dimensión es aún insuficiente. No podemos encontrar en él un programa político, sino una visión propiamente metafísica. El Trabajador no conoce fronteras, ha escrito Maurice Schneuwly, sino que las atraviesa cual ilusorias murallas. En su más elevada dimensión, El Trabajador es un libro “inactual”, de ahí su permanente actualidad. Un único autor parece haberlo comprendido cabalmente: el filósofo Martin Heidegger, con quien a lo largo de los años Jünger establecerá una relación particularmente fecunda. Así lo advierte Michel Palmier: “Heidegger es sin duda el gran intérprete del pensamiento de Ernst Jünger, y la obra de éste es una prolongación, una permanente variación sobre las cuestiones que Heidegger establece con respecto a la técnica planetaria y al hombre que la modela y rige”.

En el invierno de 1939-40, en la Universidad de Friburgo-en-Brisgau, Heidegger dedica un seminario privado a El Trabajador. Este seminario, vigilado en principio por las autoridades, fue finalmente prohibido – prohibición significativa que asocia a dos autores en una misma reprobación (Heidegger está en el punto de mira de las diatribas del filósofo nacional-socialista Ernst Krieck)-. En un momento dado, Heidegger comprende la importancia del libro en tanto que “descripción del nihilismo europeo”. El Trabajador, dirá, “aborda de otra manera lo que Spengler y, hasta ahora, toda la literatura nietzscheana, se han mostrado incapaces de hacer; (este libro) emprende la tarea de volver a hacer posible una experiencia del ser como voluntad de poder”. Y, en consecuencia, constituye un punto de partida a partir del cual “iluminar nuevamente el diálogo con la esencia del nihilismo”.

Heidegger alaba en Jünger, ante todo, el hecho de haber situado la representación metafísica bajo la luz de la voluntad de poder “del dominio bioantropológico que exageradamente extravió la ruta de Nietzsche”. Su punto de vista es netamente crítico, sin embargo, en la medida en que el pensamiento de Jünger es deudor del de Nietzsche. Heidegger condena en la teoría de la voluntad de poder –voluntad de voluntad, voluntad “que se quiere”- la filosofía determinada por la noción de valor (Nietzsche se contentaba con sustituir los valores platónicos de “enfermedad” y de “muerte” por los valores de “vida”) y que, como tal, continúa pese a todo inscribiéndose en el marco de la metafísica occidental. Nietzsche creía poner término a la metafísica socrática y cristiana. Pero Nietzsche no hace sino llevar a su apogeo el “trastorno” (en la forma en la que Marx “trastorna” a Hegel), afirma Heidegger, quien llega a ver en aquél “al más desenfrenado de los platónicos”. La figura del Trabajador se situaría en la perspectiva abierta por Nietzsche: “La visión metafísica de la figura del Trabajador corresponde al proyecto de la figura esencial de Zaratustra en el ámbito de la voluntad de poder” (Heidegger). El Trabajador, por tanto, “es una obra en la que la metafísica es la patria” correspondiente a ese “ser tranquilo”, a partir del cual todo lo “mutable”, todo lo “movilizable” puede y debe ser pensado; la figura del Trabajador sería, en los mismos términos que Jünger, una “potencia

metafísica”, que corresponde, por otra parte, a la definición que Heidegger da como ser caracterizado por una “identidad profunda entre lo que él aprehende y aquello que es aprehendido”. Si el Trabajador puede movilizar al mundo, como consecuencia de la voluntad de poder, gracias al Trabajo, es porque esta disposición encarna, en efecto, el rasgo fundamental de lo que se revela como “ser” en el pensamiento occidental. Ello equivale a decir que el Trabajo puede identificarse con el ser.

De donde deducimos que el interrogante planteado por Heidegger es saber “si, y en qué medida, la esencia del ser está en relación con el ser humano”- o, en términos más heideggerianos todavía: “¿Es que la esencia de la Figura (Gestalt) brota en los dominios del Ge-stell?”. A esta cuestión Heidegger responde negativamente; pues, si eso es así, la esencia del ser restaría potencia la representación humana lo cual, según el autor de *El ser y el tiempo*, nos conduce a la metafísica clásica. Jünger, por el contrario, responde de forma implícitamente afirmativa. Situando, de alguna forma, al hombre en el puesto de Dios –mientras que “el Dasein en el hombre no es nada humano”-, hace del ser humano el “sujeto determinante”. Es la culminación de la metafísica: transferir al hombre la noción de Dios no equivale, sin embargo, a su supresión o a su superación.

Está, pues, claro para Heidegger, que El Trabajador pertenece a la fase del “nihilismo activo”. Presenta de forma visionaria su “realización” –como la filosofía de Nietzsche representa la “realización” de la metafísica occidental-. El reino del Trabajador no es otro que la “realización de la esencia de la metafísica occidental como potencia de la técnica mundial”. Haciendo de manera explícita referencia a El Trabajador, Heidegger escribe: “El Trabajo accede hoy al rango metafísico de esta objetivización incondicional de todas las cosas presentes desplegando su ser en la voluntad de la voluntad”. Aquí es donde reside el interés fundamental del libro: al describir el aspecto metafísico del proceso actual de “tecnificación mundial”, revela al mismo tiempo la “esencia del nihilismo”. La movilización total por la que la figura histórica del Trabajador adquiere el “poder” del mundo, no puede ser plenamente aprehendido sino a partir del ámbito de la metafísica de la voluntad de poder, que perfila el concepto de “perfección” y, en consecuencia, de “lo acabado”. La figura del Trabajador que, para Jünger, moviliza el mundo por medio de la técnica debe ser comprendida como la figura histórica de perfección de la metafísica. Es, sin duda, la última palabra de la voluntad de poder. El Trabajador no es una figura aislada: es preciso comprenderla como designación del ser humano en el seno de la metafísica conclusa (Jean Michel Palmier).

Tal es, hasta hoy, el método de lectura que de El Trabajador se ha impuesto: ver en él un cuadro penetrante, interno, la revelación de lo que domina nuestro tiempo. Pero es preciso, al mismo tiempo, acceder a él desde una perspectiva nueva. Releer El Trabajador exige, en efecto, que el libro sea

también interrogado en relación con la evolución de su autor. Después de la “emigración interior”, tras la ascensión y caída de la perversión “mauritana”, Jünger vuelve a la entomología y a la literatura. Entre sus actividades de los años 1925-32 y sus escritos publicados después de 1945, se produce una ruptura reseñable. A las antiguas evidencias suceden interrogantes nuevos.

“Cuando más avanzamos, afirma Lucius en Heliópolis, las pérdidas sin compensaciones se hacen más visibles. Todo es palidez, gris polvoriento”. De hecho, Jünger renuncia a la acción, que ha acabado por interiorizar. El hombre de conocimiento se ha “adueñado” del hombre de poder. Jünger se ha dado cuenta que era más fructífero, pero también más peligroso, situarse ante un interrogante que poseer una buena respuesta. Como Lucius, ha reunido a la tropa oculta de los Vigilantes. Esta evolución no es una huida. Al tomar distancias, Jünger no se ha replegado hacia posiciones de retaguardia, sino que se ha elevado por encima, ha tomado altura. El proceso en el que se ha embarcado es de perfeccionamiento, de purificación [...].

Jünger y la Nueva Derecha francesa

La Nueva Derecha, obviamente, no tiene que introducir el nombre de Ernst Jünger en Francia. Cuando la Nueva Derecha apareció a finales de la década de 1960, el autor de *Sobre los acantilados de mármol* era ya bien conocido por el público francés. De hecho, Jünger fue sin duda el escritor alemán más famoso y más leído de este lado del Rin. Esta situación, que siempre sorprende a los alemanes, se explica de varias maneras.

Jünger, en primer lugar, fue traducido relativamente pronto: sus principales obras de la Primera Guerra Mundial aparecieron a principios de la década de 1930, y de inmediato se hizo famoso. Pero, sobre todo, Francia desempeñó un papel decisivo en la carrera de Jünger, así como en su vida y su formación espiritual y literaria. Desde su aventura juvenil en la Legión Extranjera, y la terrible experiencia de las trincheras, Francia nunca dejó de ocupar un lugar significativo en el corazón de Jünger, evidente en las muchas relaciones que mantenía con los franceses, su lectura de Barrès o Léon, sino también las traducciones que él mismo hizo de las máximas de Rivarol o textos de Guy de Maupassant y Paul Léautaud.

Por último, Jünger tuvo la suerte de encontrar siempre traductores al francés de gran talento, de Henri Thomas y Henri Plard a Julien François o Poncet Hervier muy sensibles a su estilo y su pensamiento para subrayar todos sus matices. "Creo", dijo Jünger en 1973, "que los franceses pueden apreciar cuándo un alemán se presenta como tal en lugar de buscar a toda costa asumir un rostro que no es el suyo."

Por lo menos hasta alrededor de 1975, los franceses perciben a Ernst Jünger como una figura que pertenece exclusivamente al mundo literario. Por

supuesto, el fondo político e histórico de su obra era conocido, pero no parecía ser un actor en este período, y en relación con su estancia en París bajo la ocupación, en su mayor parte, sólo sus amistades literarias fueron recordadas (Jean Cocteau, Paul Morand, Pierre Drieu La Rochelle, Sacha Guitry, Jean Giraudoux, Henry de Montherlant, Jean Schlumberger, etc), sobre todo relacionándolo con el salón de Florence Gould. ¿No había descrito Jünger a París como "la gran ciudad de los libros"? [3] Sus escritos políticos fueron ignorados por completo, al menos por el público en general. Los nombres de Franz Schauwecker, Hugo Fischer, Ernst Niekisch, Friedrich Hielscher, e incluso Carl Schmitt también se desconocen. En resumen, Jünger fue visto como un escritor y nada más. Por otra parte, el propio Jünger estaba, al parecer, no sólo muy satisfecho con esta situación, sino que contribuyó a ella siguiendo su camino, ya que se negó a permitir una traducción francesa de su gran libro de 1932, *Der Arbeiter*.

Sin embargo, fue precisamente sus libros sin traducir lo que, como consecuencia, había creado una especie de aura mítica que atrajo rápidamente el interés de la Nueva Derecha. Desde el comienzo de la década de 1960, conocía los libros de Jünger que ya habían sido publicados en francés. Yo había leído, por supuesto, sus cuentos de la Primera Guerra Mundial, pero tal vez, a diferencia de algunos de mis amigos, no me habían impresionado, sin duda debido a mi falta de interés en los asuntos militares. Los *Acantilados de Mármol* y *Juegos Africanos* me habían interesado más, al igual que *Heliópolis* y, en especial, el tratado del *Rebelde* o el recurso al *Bosque* (*Der Waldgang*). El *Estado Universal* (*Der Weltstaat*), por el contrario, más bien me repelía.

Obviamente, le debo el descubrimiento del "otro" Jünger a mi amigo Armin Mohler. Su *Handbuch der Konservative Revolution*, que yo trataba de descifrar con mi entonces rudimentario alemán, fue toda una revelación. En este vasto movimiento, con sus innumerables ramificaciones, yo de ninguna manera vi una corriente de pensamiento que no fuera más que un *Wegbereiter* con el nacionalsocialismo, como a veces se ha dicho, antes al contrario, se trataba de un curso histórico alternativo cuyo desarrollo y una mejor estructuración tal vez hubieran podido salvar al mundo de la catástrofe hitleriana.

En nuestras conversaciones, Armin Mohler a menudo hablaba sobre Jünger, de quien había sido su secretario privado durante varios años después de la guerra y sobre las cuales, sobre la base de su propia experiencia, alimentaba los sentimientos más ambivalentes. Considerando que había encontrado el joven movimiento conservador, el más interesante, política e intelectualmente, no ocultó su predilección por la corriente revolucionaria nacional. Yo era más reservado que él en el valor intrínseco de los conceptos de "nación" y "movimiento", pero la idea de la revolución sin lugar a dudas me sedujo.

Gracias a Mohler, descubrí que Jünger había colaborado en publicaciones neonacionalistas o revistas bündisch como Arminio, Die Standarte, o Die Kommenden, que había publicado Der Arbeiter y Die total Mobilmachung, que estaba conectado a la "Ernst Niekisch Nacional Bolchevique". Descubrí también los dibujos de A. Paul Weber, que me causaron una gran impresión. Todo lo que es bien conocido hoy en día, pero que entonces era para mí, en todo caso, una auténtica novedad.

Me apresuré a comunicar mis descubrimientos. Volví varias veces a la Revolución Konservative, mientras que algún día prometí publicar una traducción. [4] El primer resultado de estos esfuerzos fue la reedición por el GRECE (Groupement d'études et de recherche pour la européenne la civilización, la principal asociación de lo que todavía no se llamaba la "Nueva Derecha" [5]) en la forma de un pequeño libro de uno de los escasos textos ya publicados en Francia en Der Arbeiter: Decombis Marcel, Ernst Jünger et la «Konservative Revolution». Une analyse de « Der Arbeiter » [Ernst Jünger and the "Konservative Revolution." An analysis of "Der Arbeiter"] (GRECE, Paris 1973).

Con el trabajo de un germanista fallecido, este texto se ha ampliado con una breve bibliografía y un original prólogo escrito por Armin Mohler, quien presentó el trabajo de Jünger como "uno de los libros raros más grandes del siglo", pero también como un bloque "errático" en sus obras, no obstante haberlos calificado en su publicación en 1932 como "un extraordinario acontecimiento". Hablando del trabajador y de la primera versión de El Corazón Aventurero (Das Abenteuerliche Herz), después dijo: "Todavía hoy en día mi mano no puede recoger estas obras sin echar a temblar".

En su prólogo, también dijo Mohler por tres veces que Der Arbeiter era un "intraducible" trabajo. Lo hizo, sin embargo, terminando siendo traducido en 1989 por Julien Hervier, [6], sin, por otra parte, agitar la polémica que Jünger había temido desde hace tiempo.

En este momento, yo aún no había tenido conocimiento personal Jünger. Sin embargo, el 15 de mayo de 1977, cuando participé en el Festival del Libro Internacional de Niza para la Revista Figaro y Ediciones Copernic, que contó con un stand allí (yo acababa de recibir el Gran Premio de Ensayo de la Academia Francesa para mi libro Vu de droite libro), tenía la intención de presentarme. Me di vuelta y vi a un hombre de mediana estatura, muy recta, con un casco de pelo blanco, que llevaba una chaqueta de pana y un jersey de cuello fino. Yo no lo reconocí en absoluto. -Hola-dijo-, soy Ernst Jünger. "Me quedé sin palabras. Ese día hablamos más de una hora. Se tomaron fotografías. Un gran y hermoso y hermoso.

Casi diez años después de la publicación, tanto del cuaderno de Decombis Marcel, que había reunido suficientes documentos sobre "política del joven Jünger", fue el periodo de escribir mi propio estudio sobre Der Arbeiter. La

primera versión fue publicada a finales de 1981 en Elements [7], y luego otra y más cuidada versión apareció dos años después en Nouvelle Ecole. [8] Este último, que fue seguido por una traducción de un artículo de Ernst Niekisch publicado en Widerstand en octubre de 1932 ("Zu Jungers Ernst neuem Buche"), era en realidad una verdadera monografía que más tarde se publicó como libro en italiano y una traducción al español. [9] Hice un esfuerzo no sólo para presentar los principales conceptos de Der Arbeiter y para trazar el desarrollo del autor en los años 1920 y 1930, comentando algunos de los hitos en la historia del movimiento revolucionario nacional, sino también para mostrar cómo el problema "de los trabajadores", continuó para volver a aparecer en obras posteriores de Jünger, obviamente, en diversas formas, en particular la evolución de sus ideas sobre la tecnología bajo la influencia de su hermano, Georg Friedrich Jünger. He presentado Der Arbeiter como indispensable para la comprensión del periodo transitorio definido como un interregno "entre el reinado de los Titanes y el de los Dioses". También me surgieron muchas referencias al pensamiento de Carl Schmitt y la filosofía de Martin Heidegger, con quien había trabado conocimiento.

El 29 de marzo de 1985, en el 90 cumpleaños de Jünger, le envié un telegrama poco después de una reunión pública en la que había tomado parte en Saint-Etienne. Me dió las gracias con una breve carta manuscrita a la que adjuntaba una fotografía. Diez años más tarde, el 25 de marzo 1995, le envié una carta que contenía sólo estas palabras: "Gracias por estar vivo." Para celebrar su centenario, el Club des Mille (la asociación de apoyo financiero de la Nueva Derecha) organizó un acto por la noche en su honor el 21 de junio en París.

En 1996, decidí dedicar un dossier de la revista Nouvelle Ecole a Jünger. El editorial que firmé se iniciaba con estas palabras: "El siglo 20 es el siglo en que el Premio Nobel no se le concedió a Ernst Jünger. Es una buena forma de definirlo como cualquier otra. "Incluía la publicación una entrevista con Jünger por su traductor al español, Andrés Sánchez Pascual; ensayos de Armin Mohler, Kaltenbrunner Gerd-Klaus Werner Bräuninger, Beckman Marcus, Serge Mangin, Pierre Wanghen y Beckmann Marcus, y también la traducción de documentos por Friedrich Hielscher, Albrecht Erich Günther, Ernst Niekisch, y Sieburg Friedrich.

Jünger parecía haberse convertido en inmortal! A finales de 1997, publiqué una bibliografía de su trabajo con un editor que fue valiente (o inconsciente), lo suficiente como para llevar a cabo ese tipo de trabajo, que por definición siempre encontraba un público restringido. [10] Esta bibliografía, con la que yo no estaba totalmente satisfecho, debería haber tenido una nueva edición, muy ampliada, en la que trabajé muchos años, pero finalmente renuncié a ello. Nicolai Riedel, el digno sucesor de Hans Peter des Coudres y Mühleisen Horst, publicó su bibliografía en 2003. [11] (Desde entonces mi trabajo como bibliógrafo, en cambio, se ha concentrado en Carl

Schmitt!). Al principio, pasé revista a las principales etapas de la vida de Jünger. Al llegar a 1997, escribí: "Después de haber entrado en su 103a años, sigue escribiendo." ¡Ay! Unos meses más tarde, el 17 de febrero de 1998, falleció. Yo le rindí homenaje el 7 de marzo en un programa de radio Courtoisie.

Desde entonces, Jünger se ha estudiado más que nunca. El 7 de noviembre de 1995, ya había participado en una conferencia sobre Jünger organizada en la Universidad La Sapienza de Roma, bajo el título "volte debido a la cometa" ["dos veces el cometa"] (aludiendo al hecho de que Jünger había vivido para ver dos apariciones del cometa Halley). También tomé parte en una gran conferencia sobre Jünger celebrada en Milán del 20 al 24 octubre 2000, donde, en particular, tuve la ocasión de trabar conocimiento con cierto joven llamado Nicolai Riedel, el día antes de una conferencia de Ricardo Mutti en la Scala. Al final de una "peregrinación" a la Chemin des Dames, también asistí a una conferencia sobre Jünger y la Primera Guerra Mundial en Laon, el 8 de noviembre de 1998. Danièle Beltrán Vidal, François Poncet, Rozet Isabelle, Aubertin Olivier, Manuela Alessio, y algunos otros también tomaron parte en la misma.

Mi admiración por Jünger -para el hombre y su obra- nunca se ha desvanecido. Pero tal vez cambió de dirección un poco. Hace treinta años, yo estaba lleno de entusiasmo por el "primer" Jünger de los años 1920 y 1930. Con el tiempo, y por lo tanto con la edad, sin duda llegó a ser más agradecido por el "segundo" Jünger -el anarquista y aún más al rebelde, al "eterno" pensador que, después de haber subido a lo más alto, también veía más allá.

Me gustaría añadir un recuerdo muy personal aquí. El 6 de febrero de 1993, habiendo sido invitado a participar en un debate en Berlín, tuve la desagradable experiencia de ser agredido por un grupo de jóvenes militantes "autónomos" abogando por un arcaico "antifascismo", pues ni siquiera sabían que tenía pensado argumentar en contra de la xenofobia! De regreso a París después de una noche mirando fotografías de la policía tratando de identificar a mis atacantes, recibí una llamada telefónica de Armin Mohler. [12] Él me dijo que Jünger, que había sabido del incidente, de inmediato quiso saber acerca de mi estado. Este gesto me conmovió mucho.

Ernst Jünger no era probablemente uno de los autores más citados por los franceses de la Nueva Derecha, pero no hay duda, como hemos visto, que él implicaba en sí mismo un gran debate. Hoy en día, ya no hay necesidad de "completar" la imagen de Jünger en Francia. Los diversos aspectos de su obra son bien conocidos. Al igual que Schmitt y Heidegger, o Mircea Eliade, Jünger fue también, en un momento u otro, objeto de las críticas en forma de denuncias. Emanan de los espíritus sectarios que no sólo son anacrónicos, sino que se ocupan sólo de Jünger para llegar a conclusiones de conformidad con los prejuicios que tenían al principio. Estos enfoques siguen siendo en

gran medida seguidos por una la minoría. Es cierto que Jünger es aún minoritario y sólo citado por los intelectuales de moda. Uno tiene que ir a Italia para encontrar los intelectuales de todas las opiniones, izquierda y derecha, citando a Jünger constantemente (al igual que constantemente citan a Schmitt y Heidegger). Pero los lectores del autor de *Eumeswil* y *Sutil de Hunts* (*Sutil Jagden*) siguen siendo muy numerosos.

Hoy en día, prácticamente todos los libros de Jünger han sido traducidos al francés, son publicados por las editoriales más grandes, y la mayoría se reproducen constantemente. Los *Diarios de Guerra* (*Strahlungen*) han sido reeditados por Gallimard en la prestigiosa serie "Pléiade", con un importante aparato crítico por Julien Hervier, a quien se debe también una colección de conversaciones con Jünger. [13] La investigación académica es coordinada por el Centro de Recherche et de Documentación de Ernst Jünger (CERDEJ), presidido por Danièle Beltrán Vidal, que desde diciembre de 1996 ha publicado un volumen anual de Cuadernos Ernst Jünger. Que hace falta una traducción completa de los artículos políticos de su juventud (que apareció recientemente en Italia, en tres volúmenes) y de la correspondencia (en particular la correspondencia con Schmitt, Heidegger, Heidegger, Heidegger, Benn Gottfried, y Nebel Gerhard), pero también un gran "biografía definitiva" comparable con los *Schwillk* un *Heimo* publicados recientemente en Alemania.

Es muy curioso que ningún libro de Friedrich Georg Jünger haya sido completamente traducido al francés. Teniendo en cuenta sus muchas conexiones en el mundo editorial, parece que Jünger fácilmente podría haber conseguido que algunas obras de su hermano se hubieran publicado en Francia. Por mi parte, creo que fue un error que nunca hiciera nada al respecto. A menudo me preguntaba por qué.

Ernst Jünger tendría hoy más de 110 años de edad. "Las revoluciones silenciosas son las más efectivas", dijo. Él debe ser leído en silencio.

© Alain de Benoist, extractos de "Ernst Jünger y el Trabajador. Una trayectoria vital e intelectual entre los dioses y los titanes". Prólogo de José Luis Ontiveros. Ed. Barbarroja, colección *Disidencias*, 1995.